



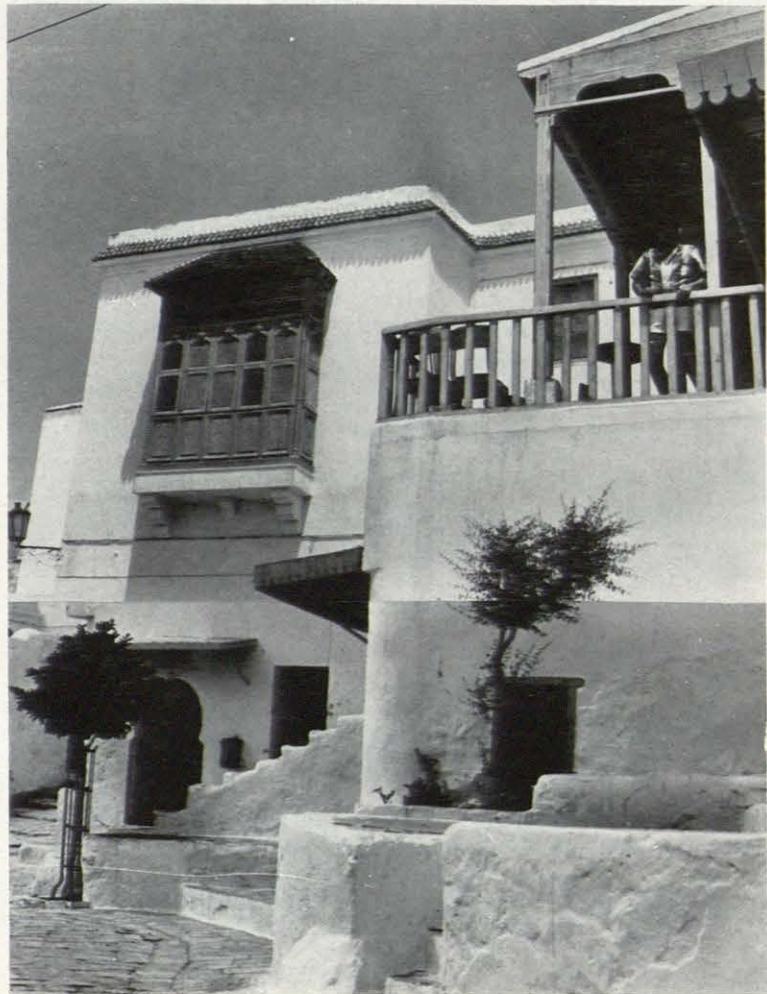
COMENTARIOS ACERCA DE UN LIBRO Y DE UN PUEBLO

CARLOS DE MIGUEL

En este mes de agosto pasado he visto un pueblo y he leído un libro que me sugieren los comentarios que, con la benevolencia del lector, se publican aquí. El libro, cuyo título original es *Uberall ist Babilonia*, se titula en español *De Babilonia a Brasilia*, y está escrito por el periodista alemán Wolf Schneider. El pueblo se llama Sidi Bou Said, y se encuentra en la costa tunecina, muy próximo a Cartago.

El pueblo es muy pequeño. Una circunstancia marginal, con motivo de una rápida visita a Túnez, me ha permitido gozar de la contemplación de este pueblecito, ciertamente bellísimo.

El libro, por el contrario, es muy gordo,





más de 500 páginas de apretado texto. Hay siempre, en estos tiempos, tantas pequeñas e ineludibles cosas que hacer todos los días, que estos libros tan gordos y tan densos emperezan las más activas voluntades. Ha tenido que llegar el reposador y delicioso agosto madrileño para que uno, con menos perentorias urgencias, se anime a sacarlo de la estantería y se ponga a leerlo. En verdad que ha sido una suerte tomar esta decisión, porque el periodista Schneider ha escrito una historia de las ciudades y de los hombres que las han creado y en ellas han vivido, muy bien contada. Y como el tema es ciertamente apasionante, el libro tiene mucho interés.

Cuenta Schneider que el hombre está en la Tierra desde hace seiscientos mil años. Y que durante los primeros quinientos noventa mil años no hubo, en toda ella, más de un millón de hombres, nómadas, que vivían de la caza y el pastoreo.

Se produjo, hace sólo diez mil años, uno de los descubrimientos más sensacionales que haya realizado el hombre: la Agricultura. Descubrió que, enterrando un granito de un vegetal, al cabo de un poco tiempo salían, sin mayores trabajos, mucho otros granitos.

El hombre, a la vista de tan colossal descubrimiento, se asentó en aquellos terrenos donde esta reproducción vegetal se llevaba a cabo en las mejores condiciones. Pasó de ser nómada a ser campesino y, como consecuencia de esta nueva condición sedentaria, surgió la ciudad.

Las primeras ciudades se componían de un núcleo habitable defendido por murallas contra las agresiones exteriores. Y con esta norma de configuración centrípeta continuaron las ciudades hasta finales del siglo XIX.

En el siglo XX la ciudad derriba sus murallas y de su constitución centrípeta pasa a la organización centrifuga. El hombre, usando el automóvil, otro gran descubrimiento, extiende la ciudad fuera de sus antiguos límites y la va desparramando por los alrededores de lo que fuera el núcleo central.

Con estos cambios, y con los nuevos inventos de nuestra época, se produce el tremendo y colossal fenómeno de la superpoblación de la Tierra, y del aumento en el tamaño de las ciudades.

En la Tierra parece ser que, como va dicho, hubo menos de un millón de habitantes durante los primeros quinientos noventa mil años.

En 1830 llegan a los mil millones. De 1830 a 1930 se pasa a los dos mil millones. De 1930 a 1961 se alcanzan los tres mil millones. Y se calcula que en el año 2000 habrá seis mil millones. Siguiendo este ritmo, dentro de seiscientos años los posibles 150 billones de seres humanos únicamente dispondrán, cada uno de ellos, de un metro cuadrado de

superficie terrestre. Como dice un compañero nuestro, de otro colega que está trabajando mucho, "que está hormigonando España", en el año 2500 los hombres habrán hormigonado la Tierra.

Esto hace recordar la conocida anécdota del inventor del ajedrez, que ofreció su invento a un maharajá.

—¿Cuánto quieres?

—Un grano de trigo por la primera casilla, dos por la segunda, cuatro por la tercera, ocho por la cuarta y así sucesivamente hasta la casilla última, la número 64.

—Magnífico. Aceptado—dijo el maharajá, que no había oído hablar de las progresiones geométricas.

Cuando llegaron a la casilla 20 iban por más de medio millón de granos; en la 31 había que darle mil millones, y para la 64 hubo que hacer uso de otra norma de medidas.

Esto es lo que, de seguir las cosas tal como van, va a ocurrir en nuestro planeta.

Es natural, por consiguiente, que las ciudades, con los tremendo aumentos de población, vayan acrecentando su tamaño y número de habitantes. Consideremos que en el año 1860 había sólo tres ciudades de más del millón de habitantes: Tokio, Londres y París. En tanto que en sólo cien años, en 1960, se ha llegado a las 109 ciudades que sobrepasan el millón.

Y estas aglomeraciones no parece que lleven a nada bueno. Ya Jefferson, presidente de los Estados Unidos, dijo en 1805:

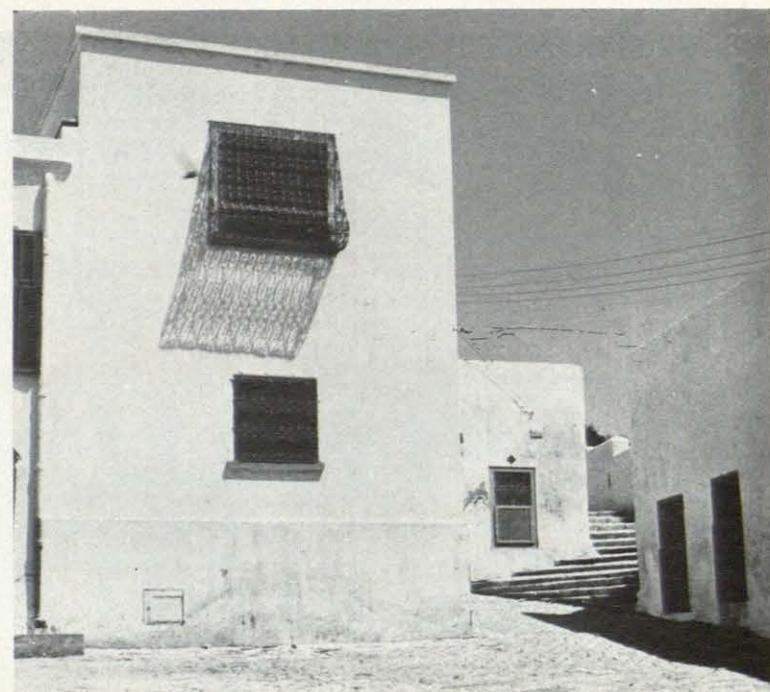
Cuando nos encontremos concentrados en grandes ciudades como están en Europa, estaremos corrompidos como en Europa y nos devoraremos los unos a los otros, como hacen en Europa.

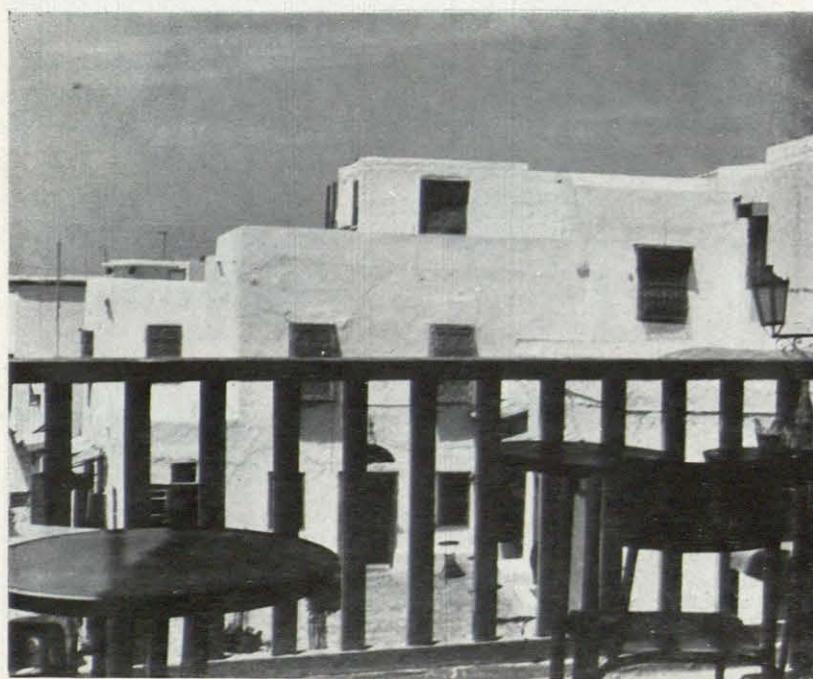
En su libro, Schneider va haciendo una historia del mundo apoyada en la historia de las grandes ciudades, de las que, en bastantes casos, no quedan más que unos leves recuerdos.

Todo el texto va abriendo unas ventanas a las colosales epopeyas, a los grandes triunfadores y a las fabulosas ciudades que creó su genio y su poderío. Nada se habla de los coros, de las gentes vulgares que allí vivieron.

Y en esto aparece a los ojos del lector viajero un pueblín pequeño. Muy blanco, muy limpio y muy bello. Y le parece a uno que este pueblo puede servir de gran ejemplo para cada uno de nosotros, humildes e insignificantes habitantes de la Tierra.

El gran ejemplo de que cada uno, a despecho de las tremendas gigantomaquias que se avecinan, se apreste a hacer su tarea, sencilla y nada importante, con un gran cariño y una gran afición. Con lo que a lo mejor, si tiene suerte, puede hacer cosas tan bellas como este Sidi Bou Said.





Fotos del autor.